

# *Cuento y epílogo para otro amigo en fuga*

---

Alejandro Aguilar

NO SÉ CUÁNTO TIEMPO LLEVAMOS AQUÍ. FORMAMOS UN TRIÁNGULO DE CUERPOS adheridos al espacio cerrado y maloliente de esta habitación. Un poco más allá, algo alejado de Mario, la bala dorada y gris, reposando en el suelo, es otro punto de referencia, un añadido que insinúa un cuadrilátero, como en el juego espacial de las constelaciones. «Juego» es una palabra tan extraña a lo que sucede como pudo ser «regreso» al cosmonauta que erraba en su nave mientras su país se extinguía. Como todo lo que rodea esta casucha, desde sus ruinosos muros hasta allá donde se mojan en el mar las cuatro puntas de la rosa náutica. O nosotros mismos, este trío estático a un paso de la nada. Mario, visto desde aquí arriba, se aplana sobre el piso, en el punto donde su mano lánguida, se apoya con el dorso y sus dedos se enroscan a desgano en el arma. Entre ese sitio y el arco de su pierna desmadejada van cayendo dos, tres, cuatro lágrimas —¡No puedo, no puedo!—. Silencio tumultuoso. Su espalda vibra, cruje, estalla y la voz rebota contra el piso, las paredes, y el cuerpo de Aramís y el mío que aún no hemos podido iniciar un movimiento —Pero ¿por qué, por qué?— grita y balbucea Mario en un solo sonido de celofán rasgado. Sin la fiereza que hace un instante exhibió para accionar el gatillo del arma que se clavó en la sien. Tras los estériles chasquidos en el metal una puerta se cerró y sólo le queda huir. Así vencido, parece como desinflado. ¿Era zurdo o derecho? No puedo precisarlo —¿Miedo, eh?— lo desafiaba Aramís arrebatándole el arma y amartillando una y otra vez el gatillo, con el cañón hundido en la boca en una interminable ruleta rusa que también se negó a concederle la gracia del disparo liberador. Después, el suave ronroneo del maso del revolver escupiendo la bala inútil, la caída a plomo de un Mario entre furibundo y desfallecido poniendo fin a esa escena. Una insoportable carga que se diluía como esos rayos sin truenos. Luego vino mi turno. Yo sin simulacros de muerte, completando inerte el triángulo en el espacio, intentando decir algo, moverme, y mi mente jugándome esta mala pasada. Constelacion, triángulo, cosmonauta. No, estas equivocado, Jesús. Es mar, agua, inmensidad, pánico, muerte... —No tienes otra salida— apenas le escucho decir al otro cuando me acerco a Mario, que lanza un alarido que desordena más el aire sucio de la pieza, con rostro descompuesto de niño castigado y me implora —Yo no me quiero ir, Jesús (Yisus, pronuncia, como en inglés). ¡Esto es lo mío! —y su

cabeza cae sobre mi pecho dejándome la huella de su sudor, lágrimas, saliva... ¿Por qué Aramis lo presiona? Se pregunta mi mente y ella misma responde devolviendo el recuerdo de cuerpos despedazados, devuelto por las aguas de la bahía... —Tanto tiempo esperando. No hay otra salida— me sorprende diciendo yo, que ha tanto renuncié a toda posibilidad, que simple y calladamente espero *...como un ángel, en su habitación...* Y allí quedamos un tiempo más, diciéndonos callados lo que en todos estos años compartimos, todo lo que sabemos, lo que los tres lloramos. Aramis reza en silencio para que no le pase al amigo lo mismo que a su último amante, aquel día terrible, cuando él llegó tarde a la cita y ya la embarcación se abría paso empujando el agua hacia la boca de la bahía... —Tú vas a poder hacerlo— alcanza a decir antes de que se me escape el aire que contenía el llanto. Y tras la cascada de dolor mido las distancias, sopeso el riesgo, repito en mi mente el plan que urdimos en estas últimas noches de despedida. Reviso el tiempo que pasamos prendidos a la radio, siguiendo la suerte de los que partieron después del cierre de las esclusas, de los muchos que han sido devueltos, de los que lograron entrar, de los que siguen lanzándose al mar sin saber cómo, qué tiempo, qué esperanzas habrá de llegar, pero vivos. Entonces le aprieto el hombro queriendo quedármelo, salvar al menos eso para los días que vendrán sin él, un amigo, otro, uno menos, una razón más contra mi inercia. Y Mario se alza y me abraza y me dice —¡Es llegar o morirse!— Y ya no puedo más con esta mierda.

Cuando cae la noche, se deshace la Osa menor acéfala que dibujábamos. La bala ha sido guardada y el arma reposa oculta entre paños sucios en el fondo de un cajón. Aramis llora con estruendos. Cruje a ratos la caja de su cuerpo. Yo trago la saliva que ya no tengo. Trago en seco todo el dolor que engendra mi trajinado cerebro y consigo despejar la mirada con la que veo a Mario alejarse, unirse al grupo sobre la balsa, hundirse en la inmensa pregunta de la noche...

## Epílogo

Mario llegó al vasto territorio de la nostalgia, luego de todos los riesgos y muchas peripecias. Cada día se asoma al balcón sur de la península tratando de descubrir alguna señal que nos acerque un poco. Aramis se ha encerrado en el más empecinado mutismo. Se niega a vivir y a morir. Ha perdido todo lo que quiso, desde el hombre al que de verdad amó hasta su mejor amigo, y no quiere, no resiste seguir hiriéndose. Yo estoy donde siempre, diciendo adiós a cada uno que parte. Cada día encajo un nuevo *desprendimiento*. Sigo creyendo que un día llegará la alegría del fin de todo. Esto no va a sobrevivirme. Lo sé. Quiero estar aquí para entregar los primeros abrazos de bienvenida.